

SOBRE LA PERCEPCION ESTETICA

Discurso de ingreso, como Académico Electo, del Ilmo. Sr. D. Fernando Martínez y García-Ordóñez, y contestación del Ilmo. Sr. D. Luis Gay Ramos



El ilustrísimo señor don Fernando Martínez y García Ordóñez, leyendo su discurso de recepción.

Dice el Génesis que Dios creó el mundo, la Naturaleza existente, para servicio y deleitación del hombre. En líneas generales, es ésta una tesis universalmente aceptada. Pero el modo como el hombre entra en posesión de su entorno, ha sido en cambio uno de los temas más cuestionados por las especulaciones filosóficas de todos los tiempos.

Idealismo y materialismo constituyen las dos cosmovisiones extremas de tan permanente cuestión. Esta última es la que parece ofrecer, al menos de momento, la respuesta más sugestiva para el pensamiento de nuestra época. Y ello, quizá, por una mal entendida devoción científica ha generalizado entre nosotros el sentir práctico que valora, en exclusiva, las experiencias sensibles de estricta dimensión cuántica.

No vamos a discutir esta tesis. Puede ser una verdad a medias. Incluso cabe aceptarla como modelo de aproximación al hecho perceptivo: de momento convengamos que una parte indeterminada de la realidad circundante llega hasta nuestra conciencia a caballo del flujo corpuscular irradiado por la materia.

Pero, como contrapartida, convengamos que la tesis carece de respuesta convincente para una serie de epifenómenos de la materia, no menos corroborables experimentalmente.

¿Por qué hay hombres privilegiados, artistas, capaces de espigar en la realidad sensible esencias des-

apercibidas al espectador común e incluso a los más sensibles instrumentos?

¿Por qué sus recreaciones de la naturaleza, adornada sensiblemente con esas desapercibidas esencias, resultan luego más idénticas con el original mismo, más bellas?

Tales cuestiones permanecen inexplicadas en el modelo de percepción que ahora se tiene por objetivo y realista. Y pasamos también por alto que el hombre sólo se apropia de una mínima parte de los mensajes sensibles transmitidos por la materia, y que permanecemos inconscientes para amplios sectores del espectro energético emitido por la misma.

Por ejemplo, los fotones, partículas materiales que permiten nuestra visión, tan sólo son captados por la retina cuando se desplazan con longitudes de onda entre 400 y 700 micras. La materia que emite vibraciones por bajo de este umbral nos resulta invisible y cuando supera el margen superior, tan sólo es apercibible táctilmente, con sensación de calor. Algo parecido ocurre con los estímulos sonoros emitidos fuera de la banda audible para nosotros entre 20 y 20.000 ciclos por segundo. Si fuese posible, por ejemplo, emitir una sinfonía de Beethoven por encima de 20.000 ciclos, podríamos apagar el radiador, porque la experimentaríamos como sensación de calor.

El desarrollo de ciertas técnicas, la cámara de infrarrojos, por ejemplo, pueden llegar a revelarnos la existencia de mundos ignotos, que, sin embargo, permanecen a nuestro lado. En otros casos, tal vez nos saquen de notorios engaños que ahora los sentidos nos proponen como artículos de fe.

Algunas de estas ficciones de realidad ya son ostensiblemente manifiestas. Hemos desarrollado técnicas basadas en el hecho experimental, por ejemplo, de que nuestra vista nos engaña.

Es conocido el hecho de que los objetos materiales permanecen invisibles cuando emiten fuera de la banda sensible que hemos citado, y cuando se nos muestran durante fracciones de tiempo inferiores a 1/16 segundos. Si contemplamos imágenes sucesivas a intervalos próximos a los 1/16 segundos, no nos percataremos del vacío intermedio. Si esas imágenes fijas corresponden a un objeto en movimiento, fotografiado en etapas sucesivas, su observación produce ficticias impresiones dinámicas. En líneas gen-

nerales, éste es el fundamento del «cine» y de la «T. V.» también en cierto modo.

Con estos pocos ejemplos tan sólo pretendemos señalar el escaso fundamento que avalora nuestras percepciones del mundo sensible. Por el contrario, si estamos sobre aviso acerca de la limitada información, engañosa incluso, que nuestros sentidos nos transmiten, entonces nos manifestaremos tal vez mejor predispuestos hacia ese otro tipo de existencias y esencias silenciosas para nosotros, pero no por ello menos reales.

Queremos dejar manifiesto también que nuestro mismo aparato intelectual adolece de notorias limitaciones. En algunos casos él mismo alcahueta los engaños de nuestras pantallas sensibles. Nos volveremos a referir al «cine» porque es un caso fehaciente.

Su último fundamento es de origen extrafísico. Tiene referencia con la capacidad aferente del individuo, es decir, con su velocidad para concienciarse de los hechos que los sentidos le transmiten. Esta concienciación se produce mediante un acto intelectual durante el cual el estímulo físico se traduce a dato lógico. Nuestra mente no trabaja con los mensajes materiales reflejados en las pantallas de sus cinco canales sensibles. Estos efluvios (visuales, olfativos, acústicos, etc.) precisan ser traducidos a términos de lenguaje racional. La operación no es simultánea; como mínimo, la mente invierte 1/16 segundos para realizar la traducción más fácil y corta. Esta unidad de tiempo lógico suele llamarse *bit*. Un bit es la fracción mínima de tiempo para realizar una definición lógica elemental. Percepciones ópticas más complejas pueden suponer períodos bastante más largos, como de hecho ocurre cuando contemplamos, por ejemplo, figuras geométricas difíciles. Por lo que se refiere a estímulos físicos recibidos por olfato y gusto, por ejemplo, el acto mental de traducción es algo mayor, casi nunca menos de un segundo.

De aquí se infiere algo que ya sabíamos experimentalmente: la vista constituye nuestro principal canal de conocimiento porque proporciona estímulos físicos de más fácil y rápida traducción a términos lógicos. Los restantes sentidos completan el hecho perceptivo mediante sensaciones auxiliares. Pero parece obvio que, en su raíz, el conocimiento intelectual es de antecedentes eminentemente visuales.

El hombre de todas las épocas y culturas ha tratado siempre de expresar sus experiencias intelectuales mediante morfologías visualizables. Sus mismas ideas universales (divinidad, justicia, libertad, etcétera) han sido siempre figurativas. La escritura es la más alta expresión humana de esta profunda tendencia signo-visual, en la que desemboca toda

percepción sensible. Es la respuesta de la razón, al mensaje de los sentidos. Otro tanto cabe decir del lenguaje.

Toda huella sensible, del tipo que sea, tan pronto es captada por los sentidos, pasa al cerebro a través de las correspondientes terminaciones nerviosas, para su traducción inmediata a términos lógicos. Esta operación, como ya hemos visto, no es instantánea, ni siquiera posible siempre. Tampoco todas las huellas sensibles gozan del mismo grado de inteligibilidad.

La capacidad de intelección depende obviamente de la cosa en sí y de la propia potencia intelectual del individuo. Pero interviene, además, una tercera y compleja componente muy difícil de valorar: el ambiente cultural donde se halla inmerso el propio observador. En el acto mental de «traducción» a términos lógicos de las huellas sensibles aparecidas sobre sus pantallas receptoras, el observador emplea un «código» de «equivalencias», especie de diccionario, en el que junto a cada huella sensible se registra el término lógico correspondiente. Este último repertorio lógico es abstraído de la realidad material y vivenciado intelectualmente según propiedades lógicas o entes de razón. El *concepto* es la forma más elemental de este tipo de vivencias.

Como pieza básica de las operaciones mentales, el concepto se caracteriza por su universalidad, que le hace apto para atribuirle al mismo tipo de huella sensible abstraída de objetos diversos. Es decir, que no aparece en la mente unido a ninguna imagen objetiva singular, sino que subsiste como propiedad puramente lógica y absolutamente extraobjetiva.

Algunos autores estiman que la experiencia conceptual del individuo se inicia en la infancia, mediante la formación de un rudimentario nomenclator en el que los conceptos se encuentran muy escasamente universalizados y, por tanto, con reducida capacidad de utilización. La universalidad se debe precisamente a una acumulación de experiencias en las que la mente reconoce vivencias coincidentes.

Si el gato, por ejemplo, comienza a ser el animal familiar del niño, éste denominará «gatos» a todos los animales que observe. Solo posteriormente, cuando su experiencia haya acumulado imágenes intelectuales de suficiente cantidad de «gatos» distintos, decidirá sustituir el restringido calificativo de «gato» por el de «animal» que conviene a todos los movimientos porque es más extenso.

Partiendo de este hecho experimental, cabe distinguir dos modalidades distintas de génesis intelectual. Se comienza en primer lugar por una fase de «aprendizaje» durante la cual la mente es muy pasiva; para sus reflexiones sobre la realidad exterior, apenas posee otra cosa que las impresiones instintivas. El resultado del aprendizaje es la impresión de

conceptos en el código mental. Durante el aprendizaje no se «entiende» propiamente, porque no existen términos conceptuales para la reflexión; sólo se «aprehende», se posee. Por el contrario, en la «intelección» propia, la mente trata de establecer el correlato lógico más adecuado para cada una de las facetas sensibles reflejadas sobre sus pantallas de captación. Por tanto, el grado de veracidad de la intelección depende del acierto con que se haya otorgado un concepto a determinada huella sensible.

De hecho, la posibilidad de error mental es múltiple. Puede producirse error de identificación (se confunde a fulano con mengano) derivado de una confusión conceptual; errores de inexperiencia (el niño que introduce las puntas de las tijeras en un enchufe) por manejo de conceptos poco especificados y claros; errores culturales inducidos por prejuicios de ambiente social (todos los españoles son toreros y morenos).

Estos últimos concretamente pueden dar lugar a versiones colectivas de una inobjetiva apreciación de la naturaleza. En cierto modo, el patrimonio cultural de los pueblos, si bien de significado más amplio, se puede indentificar con códigos específicos de identificación de la naturaleza. A través de éstos, las gentes ven «algo más» y en cierto modo distinto de lo que realmente se refleja en las pantallas de sus sentidos.

De entre todas las modalidades posibles para la formación de estos prejuicios culturales (juicios apriorísticos colectivos), quizá sean los medios de comunicación visual, mediante imágenes, quienes más certera y profundamente condicionan el propio código conceptual de las gentes. Y de estas imágenes, las menos «fotográficas» aquellas que se hallan más hábilmente tamizadas por un hábil intelecto reproductor —el artista— son quienes más fácil y profundamente condicionan la intelección del gran público.

La razón es obvia. El artista posee el difícil don de abstraer las esencias más singulares de la naturaleza y, por tanto, las de mayor carga conceptual, que luego reproduce en sus creaciones de un cierto arbitrario modo. La imagen artística así recreada es menos objetiva que la fiel reproducción sensible, pero resulta en cambio mucho más inteligible.

Estas representaciones inobjetivas de la naturaleza cuando llegan a ser profusa y extensamente difundidas, se incorporan al código cultural del pueblo, condicionándole completamente para su apreciación de la realidad. La Naturaleza puede llegar a ser suplantada por artificiales signos convencionales sin que las gentes se percaten de ello o experimenten la insatisfacción de sentirse manipuladas. Para la cultura occidental, por ejemplo, la «estrella» es un concepto geométrico que tiene poco que ver con la

realidad cósmica. Para un bosquimano que contempla este prestigioso signo estrellado sobre los colores de su estrenada bandera nacional, a buen seguro que no le encuentra el menor parecido con las brillantes y familiares candelas de su firmamento.

La suplantación de la realidad por proliferación significativa, es un hecho proporcionado al desarrollo de las culturas. Cuanto más complejas se vuelven éstas, mayor debe ser su carga semiológica (semeion = signo; logos = palabra). El signo abrevia la intelección de complejas estructuras objetivas, facilitando con ello el acto mental y liberando energías intelectuales para más amplios y profundos enfoques de la naturaleza.

Por otra parte, la moderna cultura de la imagen viene a explotar un profundo sentimiento humano: poseer el significado racional de todas las cosas, su «qué» y su «porqué». En el surtido mercado de los signos, el hombre de hoy encuentra suficientes imágenes prefabricadas de intelección fácil y cómoda que le ahorran el trabajo de investigar por su propia cuenta en el entorno físico y social. Y a tenor de esta misma tendencia espontánea, de entre sus canales de percepción, elegirá aquellos que le proporcionan simbologías de mayor evidencia lógica; y dentro de éstos, a su vez, tenderá a complacerse preferentemente con semiologías más fáciles. No cabe duda, por ejemplo, que las bibliotecas públicas perderán clientela a medida que crece el número de espectadores en cine y televisión.

La búsqueda de racionalidad en todas las cosas, es un innato sentimiento que inquieta al hombre de continuo. No cabe duda que cuando reconoce en ellas una estructura lógica, le invade la placentera sensación de sentirse capacitado para darles respuestas adecuadas. Y, por lo contrario, cuando se halla impotente para entender el significado de los mensajes sensibles de la naturaleza, le acongoja la angustia propia de todo estado de indefensión.

Tal es el caso que experimenta el hombre, por ejemplo, cuando es paciente de acciones de la naturaleza para las cuales carece de sentido de recepción adecuado. Ambientes muy cargados de electricidad, excesivamente resacos, o iluminados, inducen a reacciones confusas e inquietas. Algo parecido ocurre cuando se le fuerza a habitar espacios reducidos o congestionados por otras gentes.

No cabe duda que gran parte de los desarreglos en la conducta humana individual o colectiva, se deben a mensajes hirientes del medio para los que el hombre carece de respuesta adecuada. A falta de las imágenes lógicas correspondientes, la respuesta humana resulta ilógica y tipicable como las de cualquier animal acorralado.

Para la investigación futura, se abre un extraordinario campo de búsqueda, de consecuencias incalculables.

lables, porque afectan a las primeras fuentes que nutren al caudal humano de libertad.

Hemos dicho que el *concepto* era el término más simple que la mente emplea para catalogar a las facetas sensibles de cualquier imagen. Mediante la simple aprehensión, la imagen es reducida a conceptos. En cierto modo la mente opera como los modernos sistemas electrónicos para la transmisión de imágenes a distancia; primero las descompone en puntos luminosos y luego los reduce a impulsos eléctricos inductores de ondas.

En la mente existe un extenso código de conceptos relativos a todas las facetas objetivas reducibles a términos lógicos, tales como relaciones de igualdad, desigualdad, semejanza, diversidad, oposición, casualidad, finalidad, interés, etc. Como se puede apreciar, la definición conceptual es eminentemente relativa. La mente humana en esto tampoco difiere mucho de las computadoras electrónicas, salvada, evidentemente, su abismal diferencia. Sus sentencias son siempre relativas, de comparación con «lo que tiene dentro». Por lo mismo, tampoco se puede definir inmóvil respecto a su apreciación de las cosas. Esta varía con la acumulación de nuevas experiencias.

Pero en cualquier caso, si a la mente no le cupiese ninguna otra modalidad superior de intelección, el mundo real no sería para nosotros más que un inmenso e incomprensible cúmulo de puntos-conceptos.

La verdadera imagen lógica no puede surgir mientras tales conceptos permanezcan irrelacionados entre sí. Es preciso ordenarlos de acuerdo con una matriz lógica equivalente a la matriz disposicional física que soporta a las mismas partículas materiales.

Según Aristóteles, los objetos materiales o «res extensas» se hallan distendidos por una propiedad accidental de la materia, denominada *cantidad*. La cantidad permite que el objeto, sin dejar de ser *uno*, permanece múltiple en sus partes menores e independientes. Tal unidad sustentadora se expresa por una matriz de relaciones percibibles por nuestra razón según conceptos de igualdad, desigualdad y sus variantes de diversidad, oposición, repetición, tamaño, etc.

Mediante un acto superior de intelección denominado *juicio*, la mente establece cierta especie de campo gravitacional lógico entre todos los conceptos que permanecen ligados por la citada matriz lógica, permitiendo que la diversidad de accidentes percibidos puedan ser predicados de una misma y sola cosa.

La unicidad del objeto, que veamos por ejemplo «un árbol» y no multitud de ramas y hojas, no se debe en exclusiva a meras relaciones de proximidad

física. De hecho, las partes de un todo pueden estar más próximas a otro todo y, sin embargo, no se la atribuimos a él. Esta compacidad objetiva no depende de la trabación física, entre otras cosas porque sobre las pantallas de nuestros sentidos sólo percibimos señales indiferenciadas, como pertenecientes a un continuo material. Una mera percepción sin posterior elaboración intelectual, nos presentaría a la Naturaleza como inmerso paisaje nevado, donde todo permanece encubierto por su continuo manto blanco. Bajo éste, las cosas se intuyen por su bulto, pero no se diferencian propiamente por su exterior. El árbol, la piedra o en río tan sólo se individualizan levemente como arrugas más o menos pronunciadas de un mismo y solo paisaje.

El hecho práctico de que resultemos concienciados por realidades singulares y no por naturaleza inobjetivada, tan sólo cabe atribuirlo a ciertas manipulaciones mentales del entrelazado complejo de experiencias previas y datos sensibles que recibimos del exterior, a través de los diversos canales de percepción.

En definitiva, el juicio síquico es una compleja elaboración mental que desemboca en construcciones lógicas de notoria compacidad extraobjetiva.

Para mejor entendimiento de este artificio mental, conviene apelar a la más inobjetiva propiedad de la materia: la *cualidad*. Según ésta, la mente se concienta acerca de modalidades del ser de las cosas, que no tienen clara o directa referencia con específicos impactos sensibles provenientes de la misma. Por razón de la cualidad, por ejemplo, captamos sentido de forma, capacidad de cambio, oposición, interés, belleza, etc., que inducen en la mente fuertes tendencias deslindantes entre «esto» y «aquello» y agrupativas de lo que se entiende percibido bajo conceptos homogéneos.

Pero en último extremo, la explicación definitiva del por qué nuestra mente reconoce objetos diferenciados a partir de una información sensible indiferenciada, es algo oscuro y muy discutido.

La moderna sicología de la percepción atribuye esta capacidad deslindante, constructora de objetos, a diversos motivos, como el llamado «factor de forma» (Gestalt factor), de origen neurofisiológico, según Koler; a los instintos de autoconservación por Vexkul; al interés según Sheller o a espontáneas actitudes de búsqueda, en opinión de Lersch.

En cualquier caso, y es lo interesante ahora, todos convienen en atribuir primordialmente al intelecto el hecho de que seamos conscientes de una realidad exterior diversificada en individualidades.

Es obvio, sin embargo, que tal conjunción de opiniones no significa, como algunas interpretaciones extremistas han sostenido, que el hombre es el

«creador» de las cosas que conoce; no cabe duda de que existe una realidad extramental independiente del observador. Lo que parece cierto es que la realidad puramente fenoménica, presentada por nuestros sentidos, resulta ininteligible si la mente no la dota de significación racional.

De entre los diversos alcances significativos que la naturaleza puede revelar al intelecto humano, la razón de *conveniencia* personal es, sin duda, la más cargada de sugerencias. En este aspecto la conducta del hombre no difiere mucho de la del animal y a menor escala, la de cualquier ser vivo. La vida resulta existencialmente una actitud de estricta oposición a la muerte. Por este motivo, los seres vivos no se relacionan con su entorno de modo neutral o pasivo. Para el «yo-racional» particularmente, el mundo exterior se presenta con su «no-yo», la antítesis de su propio programa vital. De ahí que la actitud valorativa hacia las percepciones recibidas de su entorno sea respuesta típica del intelecto humano.

Algún ejemplo tomado del mundo animal puede subrayar esta idea. Es sabido, por ejemplo, que el ojo afacetado de los insectos tiene funciones eminentemente selectivas. Cuando el insecto experimenta sensaciones de hambre, se activan inmediatamente determinadas facetas del ojo para captar imágenes con estricto significado de «alimento»; ante otros estímulos anormales se enervan las facetas capaces de detectar mensajes de presuntos «enemigos». Los fenómenos estudiados por Paulov en animales superiores y aplicables al hombre, subrayan de igual modo el valor significativo y condicionante de ciertas respuestas elaboradas en los estratos más elevados de la percepción.

Desde tales alturas, la racionalidad humana despegando y se eleva hasta niveles inconmensurables de valoración que no sabemos hasta qué punto tienen real fundamento en mensajes de la materia. Recordamos a este propósito la fabulosa carga extraobjetiva que la cultura aporta a los códigos conceptuales de sus individuos. En la misma línea abunda también todo lo relativo a las representaciones semiológicas capaces de sustituir a la realidad material mediante arbitrarias construcciones lógicas.

En una palabra, la razón nos ofrece el maravilloso espectáculo de una Naturaleza lógica y comprensible; pero, en cambio, no sabemos hasta qué punto ésta es la verdadera Naturaleza que se refleja sobre las pantallas de nuestros sentidos. Tanta es la carga de subjetivismo aportada por nosotros, los hombres, seres sociales capaces de autocondicionarnos racionalmente hasta niveles que rayan en la hipnosis colectiva. Por lo pronto, en vez de tener por cierto que nuestros sentidos dan lugar a intelecciones materialistas del universo (como sinónimos de reales), más bien debiéramos postular que, a través de ellos, po-

seemos sólo intelecciones culturales, totalmente manipuladas por el genio colectivo humano.

Acabamos de ver cómo el juicio es un acto mental que permite agrupar y deslindar las aprehensiones conceptuales tomadas de la materia, dando lugar a intelecciones objetivas. Por lo mismo, cabe hipotizar que no todos los objetivos así poseídos por la mente disfrutan del mismo grado de inteligibilidad. Parece que debieran darse objetos «fáciles» y objetos «confusos», en atención precisamente con la mayor o menor evidencia de sus respectivas estructuras lógicas.

De hecho, así lo acredita la experiencia práctica. Existen objetos materiales construidos de tan racional manera, que resultan desglosables en conceptos de comprensión extraordinariamente *fácil* y cuya síntesis objetiva responde a *percepciones cuasi puras*. Su evidencia es tal, que pasan a la mente sin apenas «manipulaciones» del genio colectivo humano.

Esta *facilidad* perceptiva y el *interés*, al que hemos aludido anteriormente, constituyen tal vez las dos dimensiones principales de nuestro modo de entender. En las cosas buscamos instintivamente su racional facilidad —su sentido— y su apropiación a nuestra conveniencia —interés—. Según la diversa proporción de ambas componentes en el dimensionado de las cosas, éstas inducirán percepciones de muy escasa significación cultural y son, por lo tanto, de dominio universal. Suelen ser entendidos en todas las épocas y por todos los hombres de modo análogo. Los objetos lógicos perduran a través de siglos con significado prácticamente invariable. De algún modo pertenecen al repertorio formal de todo «clasicismo». Todo lo contrario cabe decir de los objetos simbólicos, quienes por las razones que sean, quedaron desposeídos de su propia identidad que ha sido suplantada por atributos arbitrarios. Su carga subjetiva les hace eminentemente transitorios y locales.

Sin embargo, tanto los objetos lógicos como los simbólicos tienen en común su inmediata evidencia para la mente. Esta los posee de modo fluido induciendo en el espíritu humano situaciones placenteras.

Según Aristóteles en su *Nicomachean*, lib. X., capítulo 4: «el placer sigue al despertar de toda sensación, de todo raciocinio o fantasía, cuando éstos se hallan bien ordenados». Y no cabe duda que para la mente humana no existe forma de posesión más perfecta y ordenada que la que se puede desprender de percepciones dotadas de altos niveles de racionalidad, si bien es cierto que la tal sensación placentera puede experimentarse de modo diferente. La racionalidad fácil de los objetos lógicos, induce la llamada deleitación estética, mientras que los objetos simbólicos, por tener misión instrumental, sólo poseen una deleitación subsidiaria. La bandera o una sintonía musical, por ejemplo, inducen sensaciones

desarraigadas del acierto compositivo en sus colores o armonías. Sólo hasta cierto punto se puede hablar de una bandera *bella*; sin embargo, se atribuye belleza geométrica al cuadrado o al pórtico frontal del Partenón. Ambos son objetos de alta evidencia lógica; en el cuadrado se aprecia equilibrio compositivo muy esquemático y en la construcción arquitectónica evidencia constructiva, aureolada de armonía.

Del mismo modo que las percepciones objetivas muy plenas producen la deleitación estética, también se dan formas de placer intelectual de fundamento extraobjetivo. Hay que admitir que cualquier forma de posesión intelectual plena, sea cual fuere la causa inductora, desencadena estados anímicos del mismo signo. Cuanto mayor sea la riqueza causal, será tanto mayor el efecto experimentado. Los valores éticos, por ejemplo, responden a conductas humanas acompañadas con el orden natural y resultan, por lo mismo, altamente racionales.

Lo *bueno*, como lo *bello*, son cualidades atribuidas por la mente a toda posesión intelectual suscitada por cargas inductoras de alta racionalidad.

De algún modo, la mente humana parece tener impresa una modesta parte del código ordenador de la Creación. Cuando enfoca realidades accesibles a ese código parcial, entonces le resultan racionales, comprensibles y, por lo mismo, se extasía y deleita en su contemplación bella y buena. Por lo mismo, debe admitirse también modalidades de belleza y bondad sobre soportes intrincados, cuya posesión resulta ardua o tal vez inaccesible, que sólo pueden suscitar el desasosiego propio de todo lo irracional y sin sentido.

Siguiendo el curso de esta deducción, cabe admitir que toda la Creación lógica y ontológica es sumamente buena y bella y que lo feo y lo malo de las ideas y de las cosas no tienen propia entidad real. Ambas categorías de los entes no son más que injustas atribuciones de la inteligencia humana para aquellos sectores cuyos complejos recovecos no alcanza a alumbrar con su razón natural. O lo que es lo mismo: para la limitada razón es *feo* y *malo* todo lo que se resiste a su comprensión. Ante esta recalcitrante arisquez, la mente tiende a adoptar posturas inhibidas, justificándose con ello el hecho práctico de que el hombre de cualquier cultura y época ha tendido a prescindir de los sectores irracionales —no comprensibles— de su realidad extramental.

Cuanto más consciente es el hombre del asombroso poder deductivo de su razón, más ingenuamente predispuesto se encuentra para negar incluso la existencia de aquellas realidades que responden a matrices de lógica superior, inasequibles para el abrazo y dominio intelectual.

Por lo que se va diciendo, la *belleza* parece quedar definida como cualidad atribuible a aquellas cosas que se dejan poseer por el intelecto humano en su más plena dimensión. Un objeto será tanto más bello cuando menos se resista a esta posesión intelectual, cuando más totalmente puede ser envuelto por el abrazo del intelecto.

Ahora habrá que precisar algo en torno a este concepto de *totalidad*, del que resulta obvia su connotación subjetiva, es decir, que responde más bien a disposiciones personales del observador. La totalidad de un objeto es lo que le hace ser entendido como *uno* y no como diversidad de partes. Esta trabazón interior del objeto, como ha sido dicho, no depende de meras relaciones de proximidad física entre sus componentes. Ciertamente que la continuidad de la materia es uno de los ligámenes que componen la matriz unificante del objeto, pero con sólo este hilo la mente no podría tejer su entramado. Lo que para unos se puede percibir como armoniosamente compacto, tal vez para otros se presenta como deslabazado amasijo de partes. En una palabra, que la totalidad que cabe dentro de los «bordes» de un objeto responde a un juicio mental de indudable fundamento en la cosa, pero también basado en conceptos que no tienen clara o directa relación con datos aportados por los sentidos. Sin embargo, podemos afirmar con certeza que las fronteras de cada objeto percibido por la mente se establecen allí donde las relaciones intraobjetivas dejan de ser aprehendidas coherentemente. *Todo* lo que cabe dentro de una matriz lógica coherente, pertenece al mismo objeto singular o complejo. Porque es de notar que esa coherencia puede ser también establecida entre varias cosas, nítidamente individualizables, pero que por razones diversas tienen en común algo susceptible de unificarlas en un solo objeto complejo.

Por otra parte, la experiencia demuestra que el sentido de totalidad, lo que unifica en un objeto, también tiene bastante que ver con el tiempo invertido en su aprehensión. Las totalidades más simples pueden ser aprehendidas en un solo acto mental, pero existen otras que precisan ser aprehendidas en sucesivos actos porque no caben —si se puede decir así— dentro de la pantalla racionante del observador. Es obvio que a esta última especie pertenecen los objetos complejos, racionalmente tipificables como de «mayor extensión mental». Por lo mismo, se muestran más reacios a ser poseídos placenteramente, que en último término supone un notorio afeamiento.

De este modo parece quedar evidenciada la relación entre *belleza*, como cualidad estética y *racionalidad*, como propiedad lógica en los objetos. Las estructuras objetivas fáciles, casi instantáneamente aprehendibles, son por lo mismo las que mayor deleitación estética producen. Y, por el contrario, la

complejidad estructural alarga la comprensión del objeto, la hace más ardua y, en último extremo, lo afea. Pero esto no es óbice para que puedan darse complejidades objetivas bellas, como de hecho lo acredita la experiencia. Tal es el caso, por ejemplo, de cualquier lenguaje formal que haya llegado a resultar «clásico». Esta acepción se emplea precisamente para connotar que determinadas agrupaciones formales —el pórtico de un templo griego, por ejemplo—, pese a su extensa complejidad, pueden ser «leídas» por la mente de modo simplificado. La reiteración de uso ha permitido que ésta reduzca las extensas estructuras compositivas hasta niveles de objeto simple.

La reiteración perceptiva de una misma cosa es, en general, para la mente un abundante manantial de experiencia. Por reiteración se produce el aprendizaje y, como acabamos de ver, también por reiteración se logran importantes simplificaciones perceptivas. Pero, además, cuando la repetición se produce en un mismo y continuado proceso perceptivo, el esfuerzo mental se reduce notablemente. El hecho aún se mejora cuando en la sucesión de actos mentales se realizan juicios idénticos.

Tal es el caso de percepciones rítmicas, inducidas por una sucesión de objetos idénticos entre sí y aperecebidos sobre una matriz temporal de carácter repetitivo. Siguiendo esta pauta lógico-rítmica, la mente entra en «vibración» y sus juicios concatenados se producen con fluente facilidad. Algo parecido ocurre con el ritmo simple de la simetría descubierta por la mente en relaciones intra o extra-objetivas.

Estos hechos resultan familiarmente experimentables en todos los lenguajes formales clásicos, donde belleza y ritmo o belleza y simetría tienen acepciones equivalentes. En buena parte, las simplificaciones realizadas por la mente sobre agrupaciones complejas son debidas a encontrarse éstas pautadas sobre tales matrices de ritmo temporal. El objeto complejo

bello suele ser, por lo tanto, de naturaleza rítmica o simétrica, al menos.

Partiendo de tal supuesto, se comprende que las artes visuales clásicas puedan utilizar fluidamente unidades objetivas de alta complejidad: los órdenes arquitectónicos son un fehaciente ejemplo. Todas ellas se basan en el manejo de matrices lógico-temporales de alto grado de evidencia. La mente discurre sobre estas composiciones con segura facilidad.

Y, por el contrario, las culturas primitivas, faltas de tales matrices simplificantes, sólo pueden ofrecer expresiones artísticas de composición elemental y, por tanto, susceptibles de una especie de «deletreo» mental.

La noción de *clasicismo estético*, así entendido, deviene en un espontáneo desarrollo de agrupaciones compositivas rítmicas de muy fácil aprehensión. Por lo mismo, también de modo automático tiende a conformar unidades superiores de objetos complejos, al igual que el lenguaje se enriquece mediante la instalación de significados extensos en la misma palabra. Se trata de una tendencia racional hacia el mínimo esfuerzo que por vía de síntesis conduce al enriquecimiento conceptual del individuo. El concepto, la palabra o el objeto sintético, no son más que medios instrumentalizados para la comprensión de la naturaleza creada. Comprensión de relativa veracidad porque, como hemos visto, tales medios de expresión están cargados de significación no objetiva, son signos y, por tanto, más que a la realidad percibida por nuestros sentidos, describen un tipo de naturaleza manipulada y tal vez falseada por la cultura en que se halla inmerso el observador. De algún modo podría decirse que los hombres de cada época ven las cosas no como realmente son, sino como les gustaría que fuesen.

De este circuito vicioso tampoco se escapa nuestra culta civilización, por más que apele al socorrido y seudocientífico realismo materialista.

DISCURSO DE CONTESTACION

EXCELENTÍSIMO SEÑOR PRESIDENTE.
ILUSTRÍSIMOS SEÑORES ACADÉMICOS.
SEÑORAS, SEÑORES:

En la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos ingresa hoy como miembro de número el ilustrísimo señor don Fernando Martínez García-Ordóñez; recepción de extraordinario significado para la Academia, que me encarga con tal motivo la honrosa misión de contestar a su discurso.

Aun siendo el señor García-Ordóñez todavía joven profesional de la arquitectura y de la ciencia, nos será sumamente difícil aprisionar en una glosa reducida su ya dilatada labor cultural, social y humana, aplicadas a sus actividades en el campo del urbanismo y de la arquitectura, para el progreso de las mismas.

Por todo ello y por la brevedad de este discurso, habremos de limitarnos a destacar los rasgos que personalmente consideremos más singulares, dentro de un esquema muy resumido de su labor, pero que justifiquen lo suficiente la consideración que ha movido a la Academia para destacar lo extraordinario de la misma y traerlo a su seno.

El nuevo académico es hombre de fe profunda, ideas claras y ordenadas, voluntad arrolladora, que alerta con toda su dimensión y responsabilidad la trascendencia de nuestro paso por la tierra, y consecuente con ello "se realiza" (nunca mejor dicho) con una entrega total y sin límites.

Aquellos que no le conocieran habrán podido comprobar solo escuchando su magnífico discurso, cómo persigue, cómo busca e investiga la raíz de los elementos con que trabaja, en infatigable lucha para encontrar primero y hacer partícipes a los demás después, de esa verdad anhelada que es siempre la belleza suprema, la armonía de las cosas que se quieren ordenar o componer, y que es, en definitiva, el amor al bien común y el más supremo, al que aspira con empeño este hombre de buena fe y vocación sin límites.

Nace Fernando M. García Ordóñez en Asturias, y allí hace sus primeros estudios. Por la década de los años cincuenta termina en la Universidad de Madrid su licenciatura en Ciencias Exactas y en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura, de la misma capital, consigue su doctorado en Arquitectura.

En el año 1957, cuando se produce en Valencia la hecatombe de nuestra riada, el señor García Ordóñez es comisionado por la Dirección General de Urbanismo para redactar el esquema preliminar del Plan Sur de Valencia, y en nuestra tierra recalará a partir de estas fechas para todo su futuro.

Los valencianos que vivimos cotidianamente en nuestra ciudad, creo que no valoramos lo suficiente cómo fuimos dotados por causa de la riada de una reforma extraordinaria que afecta al esquema vertebral de su infra-estructura urbanística, y con ello como revulsivo, de qué forma se inicia una etapa de desarrollo industrial y económico que podría sacudir a Valencia hacia metas muy brillantes si los valencianos solidariamente nos apercebieramos a responder a esta oportunidad, que no deberíamos dejar pasar de largo.

Por aquellos años 1957-58 son apasionadamente estudiadas y discutidas las tres soluciones (Norte, Sur y Centro se las denominó) que distintas oficinas técnicas estudiaron, para la desviación del río y consiguiente adaptación del Plan General de Ordenación de Valencia y su Comarca. En esta etapa se destaca el señor García Ordóñez, junto con su equipo colaborador, no sólo por lo acertado de su estudio, sino también por sus dotes de persuasión y su tenacidad al exponerlo.

Seleccionada la Solución Sur en 1958, por acuerdo del Consejo de Ministros, se crea una comisión interministerial para el estudio y desarrollo de este plan. Y ésta crea a su vez una oficina técnica para realizar el proyecto de urbanización e ingeniería, que comprenderá: carreteras, ferrocarriles, puerto, obras hidráulicas, puentes, etcétera. Pues bien, en ella se confiaría la sección de Urbanismo a don Fernando Martínez García-Ordóñez.

Y posteriormente, como fruto de la labor ingente que hubo de desarrollar al frente de las mismas, la ciudad de Valencia le concedería la Medalla de la Gratitude y el Gobierno le otorgaría a su vez la encomienda de Comendador de la Orden del Mérito Civil.

Al término de esta etapa, queda finalizado el proyecto de la Solución Sur, y entonces el excelentísimo Ayuntamiento de Valencia encarga al señor García-Ordóñez la adaptación del Plan General de Ordenación de Valencia y su Comarca, a la referida Solución Sur; labor que realiza durante el mismo año 58. Y, a continuación, en 1959, la Dirección General de Urbanismo, ratificando la competencia y capacidad de trabajo de nuestro nuevo académico, le confía la ponencia de "Planes Generales" que habrá de desarrollar en el primer Congreso Nacional de Urbanismo que se celebró el mismo año en Barcelona.

En 1960, en unión de un grupo de ocho arquitectos urbanistas de la Dirección General de Urbanismo, se traslada a los Estados Unidos, donde realiza un prolongado estudio de varios meses, sobre el tema de "Planeamiento Regional", obteniendo el correspondiente título del Ministerio de Urbanismo y Vivienda en U. S. A.

Seguidamente inicia una intensa etapa de trabajo profesional, al frente de un equipo colaborador, al que imprime su original forma de creación, organización y métodos de información y rendimientos, que son ejemplares constituyendo un estudio, que desde los jefes a los delineantes, pasando por colaboradores y auxiliares, forman una gran familia unida en una misma fiebre vocacional. Fruto de todo ello será una cuidada labor profesional, de entre la que cabe destacar como pionera su constante preocupación por investigar y obtener cada vez mejores logros en el tema de la arquitectura industrializada, que llegaran de modo ejemplar a poner en marcha, creando los primeros modelos en los bloques construidos en el Polígono de Campanar, llamados modelo experimental S. I. C.

A consecuencia de sus extensos trabajos prácticos y experimentales, será nombrado en 1971 vocal de la Comisión de Construcción del III Plan de Desarrollo Económico-Social y participará en 1973 en el Congreso del Conseil International du Batiment (C. I. B.), que se celebró en Balatonfűrdő (Hungría), con una ponencia sobre construcción industrializada.

Igualmente es invitado por el Sindicato Nacional de la Construcción en 1973 y 74 para presentar sendas ponencias en los simposium que tienen lugar en Madrid y Barcelona, respectivamente, sobre el tema "Diseño industrial

frente a diseño arquitectónico". Finalmente, en 1974, es también nombrado profesor extraordinario de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Valencia, para el grado de Doctorado; y nuestra Real Academia de Bellas Artes de San Carlos le designa académico electo en el mismo año.

En esta segunda etapa de los años 70, la labor profesional del equipo García-Ordóñez se ha multiplicado; el estudio se ha renovado y organizado de forma original y pensada, para una eficaz labor creadora.

Anteriormente a la misma y aún en esta fase, habrá de simultanear su trabajo con diversos viajes a Centroeuropa, Países Nórdicos e incluso Africa, con motivo de becas de estudio o concursos internacionales, de los que al equipo de García-Ordóñez le cabe el honor de haber aportado para nuestra Patria brillantes triunfos.

Nuestro nuevo académico se forma en las generaciones que se han alejado de las fuentes de los clasicismos arquitectónicos. Son, por el contrario, herederas de los movimientos de renovación arquitectónica, que promueve el gran fenómeno de la revolución industrial de la segunda mitad del siglo XIX. La tradición constructiva exige una revisión total.

Y sucesivamente irán apareciendo los movimientos "Art Nouveau", en Bélgica y Holanda; "Secesión", en Viena; "Jugendstil", en Alemania; "Liberty", en Italia y "Modernismo", en España, entre otros, que por causa de nuestra guerra, primero, y tendencia oficial de nuestra arquitectura, después, habrían de influir en nuestro suelo con retraso muy notable. Igualmente habrá de suceder con los movimientos posteriores de la primera guerra europea que nos llegan casi simultáneos, por los motivos apuntados y con ellos los grandes santones del Racionalismo, como Gropius, Le Corbusier, Van der Rohe, Oud, etc.; y el gran maestro de la "arquitectura orgánica, Wright, y otros que siguen su escuela.

Después de las influencias recibidas en la Escuela, habremos de observar a través de la obra del señor García-Ordóñez y de su equipo, que no se desinteresa de los sucesivos ciclos que atraviesa nuestra arquitectura internacional, promovidos, primero por C. I. A. M. (Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna), y después por team 10, entre otros, que a través de los Congresos de Francfort (1929), Bruselas (1930), Atenas (1933), Aix en Provence (1953), París (1955) y D'Otterlo (1959), nos muestran las diversas tendencias desarrolladas por los grandes maestros de estas nuevas generaciones, que son después expuestas a lo largo de las décadas del 60 y del 70, principalmente por las minorías que promueven revistas como "Le Forum", en Holanda; "Architectural Design", en Inglaterra", o "Casabella", en Italia, entre otras más.

Así, estos nuevos movimientos veremos que son impulsados por nuevas personalidades, como Bakema y Van Eyck, en Holanda; Candilis, en Francia; Smithson, en Inglaterra; Tange, en Japón; De Carlo, en Italia; Hansan, en Polonia, y Kahn, en América, entre los más destacados, que entrecruzan las diversas tendencias de:

El metabolismo japonés.

La personalísima independencia italiana alrededor de "Casabella".

La arquitectura abierta polonesa.

Y la personificada por el "nuevo brutalismo" de Kahn, en Estados Unidos.

Que son las más pujantes, entre otras muchas, aparte de haber contemplado los nuevos planteamientos tecnológicos, socioeconómicos y políticos de cada sector, que condicionan nuevos planteamientos, como habitat/célula - calle - trayecto casa - escuela - ciudad de ocio y descanso - trama urbana - ciudad radial - desarrollo de la infraestructura y de los problemas ecológicos, etc.

Ninguna de estas nuevas empresas idealistas, con sus consiguientes morfologías, modismos y sistemas de expresión, les son ajenos al equipo del señor García-Ordóñez; ahora bien, ello no indica que se hayan identificado de tal forma con alguno de ellos, que podamos colgarles ninguna de sus etiquetas, ni podamos observarles a lo largo de su obra, la sistematización reiterada de una tendencia partidista o de un modismo.

Dijimos anteriormente que el nuevo académico es hombre de fe arraigada y vocación profunda; por ello, y por su excepcional capacidad, veremos cómo trata los problemas profesionales que se le plantean, con rigorismo de maestro y seriedad absoluta, de profesional consciente; que busca siempre, como habréis podido también observar al escuchar su discurso, la verdad y el bien de las cosas que se nos proponen, para ordenarlas, en el sentido de que cumplan una misión, una función específica, pero dentro de esa buscada armonía, que nos lleve a la consecución, en definitiva, de la ansiada belleza. Belleza, al fin, que ha de trascender, en su composición, tanto en la forma como en la función y estructura, que han de dar vida al nuevo espacio creado, a partir de aquellas "cosas" que se nos propusieron en el origen.

Veamos, a lo largo y ancho de su copiosa obra profesional, algún ejemplo significativo.

Si observais los edificios "Rex" que forman manzana independiente en las calles Cobertizo San Fablo y otras tras el Instituto Luis Vives, podréis comprobar cómo una limitación de alturas y volúmenes, prefijada por normas municipales en función del reducido ancho de las calles que le circundan, les lleva a una composición troncopiramidal, de terrazas retrasadas en sentido ascendente, que sin privar de luz y vistas a la comunidad que les limita, permite el mayor aprovechamiento de volumen útil, a la vez que determina una más perfecta silueta del conjunto, desde cualquier punto de vista; detalle que solemos descuidar al proyectar la coronación de gran parte de nuestros edificios, donde se suele acumular de forma ingrata servicios de ascensores, escaleras, estudios, porterías, etc., con siluetas anárquicas.

Pues bien, esta composición que habréis visto posteriormente tratada en fabulosos complejos turísticos de la Costa Azul o de París, acompañada de ondulados y variados volúmenes, de edificación abierta, no respondían más que a una llamada "modista" o esteticista, que en este caso que os acabamos de comentar, utiliza el señor García-Ordóñez sólo en función de una muy justificada misión creadora, que luego interiormente completan con un tratamiento de regusto y añoranzas gaudianas muy apropiadas, en la disposición tan movida de zaguanes, accesos, escaleras, etc.

Otro ejemplo notable puede ser el edificio recayente a la plaza de América, entre Sorní y avenida de Navarro Reverter. A poco que os fijéis en él, distinguís rápidamente dos cuerpos perfectamente diferenciados, aunque indisolublemente unidos forman un solo conjunto de bellos contrastes. El cuerpo adosado a medianera colindante, sistematizado en fajas aproximadamente semicilíndricas unas luces recatadas del exterior y apropiadas para el interior de la zona de dormitorios a que van destinadas, subrayando con este detalle hacia el exterior la expresión de su función interna. Por contraste, el cuerpo del chaflán, con sus terrazas abiertas con formas muy pensadas y coronación de edificio también muy cuidada, dan una perfecta silueta del conjunto, a la vez que nos expresan las funciones de relación. Y por último, si nos detenemos en el bello complejo de los Edificios Luz, ubicados entre las calles Alvaro de Bazán y Jaime Roig, nos encontraremos con la creación de unos encantadores espacios abiertos y ajardinados, que

valoran notablemente el contraste de volúmenes que forman los bajos edificios comerciales, junto a los bloques residenciales, tratados con amplias terrazas y seriadas fajas de luz (quizás excesiva), pero como queriendo volcarse sobre un campo, sobre una naturaleza, nacida milagrosamente en medio de una atribulada ciudad, llena de un tráfico devorador y de una densidad de edificación abrumadora. Pero si seguimos contemplando encontraremos más, encontraremos eficaces y originales soluciones en el tratamiento de cubiertas y terrazas; encontraremos la creación de bellos y diáfanos espacios comunales, que fomenten las costumbres de relación y alberguen a los niños en días desapacibles...

Y así podríamos continuar indefinidamente comentando y subrayando sobre ejemplos vivos de su obra profesional, para justificar, una vez más, como don Fernando M. García-Ordóñez no ha dejado nunca de luchar, con el fin de integrar función y forma para alcanzar la verdad trascendente, que será, en fin de cuentas, esa belleza que persigue y que desea dejar impresa en cada creación que se le plantea a lo largo de su camino.

No deberemos terminar sin dedicar previamente unos comentarios y un recuerdo entrañable a los académicos que hoy el señor García-Ordóñez viene a sustituir. Son, en primer lugar, el excelentísimo señor don Javier Goerlich Lleó, que dejó vacante el sillón del que ahora se va a tomar posesión.

Fue presidente de esta Real Academia durante una larga etapa, así como arquitecto mayor del excelentísimo Ayuntamiento de Valencia, arquitecto delegado del Ministerio de Educación y Ciencia, miembro del Patronato de Nuestra Señora de los Desamparados y del Centro de Cultura Valenciana; se hallaba en posesión de diversas condecoraciones y distinciones honoríficas. Fue principal colaborador y promotor de las grandes reformas del Marqués de Sotelo; en todo el centro urbano de Valencia quedan patentes aún las huellas de su intensa campaña profesional, inmortalizadas en numerosas edificaciones de chaflanes curvos y bellas perspectivas de gusto más o menos neoclasicista, así como reformas urbanas, jardines y tantas otras por toda nuestra ciudad.

La intensa dedicación a sus trabajos y su tenacidad de carácter, fueron sus rasgos más acusados; quedando con ello motivada la gran labor que desde su despacho controlaba y dirigía tan personalmente. Labor que supuso, tanto para la Academia como para el Ayuntamiento, una fase de grandes realizaciones. Si bien nuestro mundo actual ha evolucionado con una celeridad incomparable desde aquella cota profesional, no podrá dejar de recordarse con especial admiración esta etapa un tanto postromanticista, pero desde luego incomparable con el rango y el talante y con la prestancia que supo dar a cuantos cargos ocupó, sirvió y les dio prestigio. Fue prócer con la Academia en unión de su distinguida esposa, excelentí-

sima señora doña Trinidad Miquel, también fallecida, pues a ellos se debe la extraordinaria donación que lleva el nombre Goerlich-Miquel y que constituye un legado de notable valor y mérito. Dios les haya recompensado en Su Reino con bienes infinitos y superiores a los que dejaron en la tierra.

En segundo lugar debemos recordar al académico electo ilustrísimo señor don Juan Segura de Lago, que había de sustituir al fallecido presidente señor Goerlich y que sin haber podido tomar posesión, Dios prefirió "ficharlo" para su "equipo" celestial. ¡Bendito fichaje! Era don Juan Segura un niño grande lleno de profundas virtudes, e ilusionadas vivencias siempre a flor de piel. Erudito ilustre y valencianista de pura cepa, investigó toda su vida sobre raíces genealógicas de su querido Algemesí, siendo frecuente encontrarle tanto por los archivos del Patriarca como los del Reino (de los que fue su ilustre autor), como de los del Bearn francés o de la Provenza. Fue presidente de "Lo Rat-Penat", de la Junta del Ateneo, profesor de la Escuela de Arquitectura y promotor de infinidad de actividades culturales en su pueblo natal. Publicó, además de los estudios genealógicos de Algemesí, un estudio sobre la reprimación de la Catedral de Valencia.

Colaborando con quien os lee estas letras en la restauración de nuestra Catedral, le sorprendió el "fichaje celeste", e igualmente habíamos intervenido en la restauración del Palacio de Caro para el Banco Urquijo. Sus actividades profesionales, por otra parte, fueron muy extendidas por toda nuestra provincia, habiendo intervenido entre otras muchas, en el nuevo Archivo del Reino, así como en infinidad de obras municipales, siendo de destacar las de Algemesí, así como la reconstrucción y nueva planta de tipo religioso que realizó también para su pueblo natal. Precisamente el tema de su discurso de ingreso en esta Academia lo estaba preparando sobre investigaciones, que tenía muy avanzadas, sobre el templo parroquial del Algemesí de sus amores.

Pidamos a Dios que nos conceda ver algún día al amigo querido junto a Sí; para que pueda leernos, al fin, y entonces con fondos de coros celestiales, su discurso ya acabado de la parroquia de Algemesí.

Ilustrísimo académico señor don Fernando M. García-Ordóñez, y querido amigo y compañero; éstos fueron, a grandes rasgos, los ilustres académicos que os precedieron y, por ello, sus vacíos se hacían tanto de notar; no os extrañe, por lo tanto, el deseo y complacencia con que esta Academia os recibe, con la esperanza más firme de que habéis de ocupar tales vacantes, con el prestigio de vuestra personalidad vasta y madura y con la entrega de una vocación arrolladora que nos promete nuevos y buenos frutos para esta Academia, que tanto los puede necesitar.

Si así lo hacéis, que Dios os lo premie.

HE DICHO

